

talmente herido el valiente general Pimodán. Italianos, suizos, austriacos, todos repasaron el Musone y se refugiaron atropelladamente en Loreto. Lamoricière se retiró á Ancona acompañado solamente de cincuenta jinetes y ochenta peones, y al entrar en esta ciudad dijo al gobernador que salió á su encuentro: «¡Ya no tengo ejército!» En efecto, Ancona era la única población de todas las Marcas y la Umbría donde aún ondeaba la bandera pontificia.

Esta plaza tampoco podía resistir mucho tiempo. Sus defensores, que no pasaban de siete á ocho mil hombres, se hicieron por un momento la ilusión de que las tropas francesas que el general Goyón mandaba en Roma acudirían en su socorro, y así lo insinuó Lamoricière al gobernador de la ciudad. También confiaban en la intervención de Austria por saberse que el archiduque Maximiliano, hermano de Francisco José, mandaba la escuadra austriaca fondeada en Trieste. Pero estas esperanzas se disiparon como el humo y los únicos que llegaron el 23 fueron los piemonteses victoriosos. Auxiliados por los buques del almirante Persano, que desde el 18 había empezado el bombardeo de la plaza, declararon bloqueado el puerto. Después de algunos días de bombardeo, el ejército piemontés, mandado por el general Cadorna, tomó por asalto las lunetas de los montes Pelayo y Polito; el día 28 los cañones de los buques de guerra sardos destruyeron las baterías del muelle y volaron el polvorín. Agotados todos los recursos de defensa, Lamoricière se resolvió á capitular y el 29 se entregó prisionero de guerra juntamente con tres generales, diez y siete oficiales superiores, otros trescientos treinta y un oficiales y unos siete mil soldados. Como los refugiados en Loreto habían capitulado también en número de cuatro mil hombres y se tomaron otros fuertes, el general Fantí, que mandaba en jefe el ejército piemontés, pudo vanagloriarse de haberse apoderado en esta campaña de diez y ocho días de seis plazas fuertes, ciento noventa cañones y haber hecho prisioneros de diez y siete á diez y ocho mil enemigos con sólo una pérdida de quinientos setenta y nueve hombres.

Los oficiales prisioneros fueron enviados por mar á Génova, y los soldados por tierra á Alejandría con la facultad de marchar desde allí libremente á su patria, pero con la condición de comprometerse á no servir en un año contra el ejército piemontés. Después de la rendición de Ancona, Lamoricière pasó á bordo de la fragata *María Adelaide*, en donde el almirante Persano le recibió con todas las consideraciones debidas al valor desgraciado. Desde allí fué enviado á Génova, donde se le dejó en libertad.

Cavour felicitó á sus generales «por su magnífica victoria.» Tenía razón, ya que no por lo que se refería á la gloria militar, al menos por el resultado material. La Umbría y las Marcas estaban preparadas para la anexión; además quedaba libre el camino hacia el reino de Nápoles. En adelante, el ministro piemontés podría, según el caso, ó apoyar á Garibaldi si corría algún riesgo, ó contenerlo si se emancipaba, y de todos modos absorberlo.

Víctor Manuel se presentó el 4 de octubre en Ancona y se encargó del man-

do en jefe de su ejército, y en seguida se puso en marcha para los Abruzzos con objeto de atacar á los napolitanos por su flanco izquierdo. Francisco II había situado todas sus fuerzas, que aún ascendían á sesenta mil hombres, en la línea del Volturno, donde podía apoyarse en la plaza fuerte de Capua, y desde allí á retaguardia sobre el Garellano, para esperar el ataque de los garibaldinos, cuyo mando superior tenía el general Turr, mientras Garibaldi había pasado á Sicilia. Desde el 15 de septiembre amenazó Turr con veinte mil hombres la posición enemiga; el 19 consiguió el coronel Rustow ocupar á las fuerzas napolitanas por medio de un ataque contra Capua, tanto que otra sección de garibaldinos pudo pasar el Volturno y arrojar al enemigo de Cajazzo; pero al día siguiente los napolitanos recobraron esta posición después de una batalla de cinco horas.

Garibaldi, de regreso de su breve excursión á Sicilia, hizo tomar á los suyos una posición puramente defensiva cerca de Caserta, porque habiendo entrado entretanto los piemonteses en el Estado de la Iglesia y debiendo llegar pronto, le convenía aplazar el combate definitivo. Entonces los napolitanos tomaron la ofensiva, y en la madrugada del 1.º avanzaron en tres columnas al mando del general Ritucci; pero quedaron enteramente derrotados.

Entretanto Víctor Manuel se acercaba á Nápoles á pequeñas jornadas. El 20 de octubre desbarató el general Cialdini una división napolitana que quiso cortar el paso en el desfiladero de Macerone, cerca de Isernia, y cogió prisionero al general Scotti. Este nuevo fracaso hizo que los napolitanos abandonaran la línea del Volturno y se retiraran á la del Garellano, dejando en la plaza fuerte de Capua una guarnición de diez mil hombres. Estos defendieron la plaza tan sólo hasta el 2 de noviembre, porque cercada por los garibaldinos y las tropas piemontesas mandadas por el general Rocca que amenazaban con el bombardeo, el gobernador general Corné capituló, quedando con toda la guarnición prisionero de guerra. Ya no le quedaba á Francisco II más que el estrecho recinto de la plaza de Gaeta.

Pocos días antes, Garibaldi, muy hostil á Cavour y á sus amigos, pero accesible aún á la influencia del rey, había expedido un decreto convocando en sus comicios al pueblo de las Dos Sicilias para el 21 de octubre. En este día se efectuó el plebiscito, dando en la isla 430.000 votos á favor de la anexión y en el continente 1.300.000 contra 700 votos en la isla y 10.000 en el continente.

En las Marcas y la Umbría la votación se realizó, según disposición de Cavour, el 4 y 5 de noviembre, dando 230.000 votos á favor de la anexión y 1.600 en contra.

Cerca ya de Nápoles el rey Víctor Manuel, Garibaldi se adelantó á su encuentro, y el 26 de octubre le encontró cerca de Teano; las tropas gritaron: «¡Viva Víctor Manuel!» y Garibaldi añadió: «¡Rey de Italia!» El monarca le saludó militarmente llevándose la mano al kepis, y luego se le alargó diciéndole simplemente: «Gracias.» Víctor Manuel hizo desfilar sus tropas por delante de Gari-

baldi y en seguida pasó revista á las garibaldinas. El 29 de octubre el dictador hacía entrega de sus poderes en manos del soberano.

El 7 de noviembre uno y otro hicieron su entrada en Nápoles en medio de una lluvia torrencial que deslució la solemnidad del acto. Víctor Manuel ofreció al conquistador de las Dos Sicilias el collar de la Anunziata, que da á sus poseedores la categoría de primos del rey; pero lo rehusó y tuvo que aceptar á pesar suyo el título de capitán general de ejército. Se le ofreció además un patrimonio para su hijo mayor, el empleo de ayudante de campo del rey para su segundo hijo, un dote para su hija, una de las posesiones reales á su elección y un buque de vapor; nada quiso aceptar; lo que deseaba y pidió fué el cargo de lugarteniente general del rey en las Dos Sicilias por espacio de un año con poderes ilimitados; pero como se sabía que en tal situación lo que se proponía era organizar una expedición contra Roma, Víctor Manuel se limitó á contestarle: «Es imposible.» Despechado Garibaldi por esta negativa, cuéntase que dijo al almirante Persano cuando éste fué á despedirse de él: «Ya sabe usted lo que se hace con las naranjas: se las exprime el jugo y luego se las arroja á un rincón.»

En su manifiesto de despedida encargó á sus voluntarios que se conservasen fieles al rey, diciendo: «La Providencia ha dado á la Italia un Víctor Manuel. Todo italiano debe seguirle y ante el rey caballero debe desaparecer toda discordia. De nuevo os repito mi grito: ¡A las armas todos, todos! Si en marzo de 1861 no hay un millón de italianos armados, ¡pobre libertad, pobre tierra italiana! ¡Oh, no; lejos de mí una idea que me repugna como un veneno! El mes de marzo de 1861, y si menester es, el de febrero, nos encontrará á todos en nuestro puesto. Italianos de Calatafimi, de Palermo, de Volturno, de Ancona, de Castelfidardo, de Isernia, y con nosotros todo hombre de esta tierra no cobarde, no servil, agrupados todos alrededor del glorioso soldado de Palestro, daremos la última sacudida, el último golpe á la tiranía que se derrumba.»

Garibaldi deseaba que el gobierno no disolviera el ejército formado por él y aun que concediera ventajas á sus compañeros de armas; el gobierno, por no ponerse de frente con los garibaldinos, ordenó en efecto la conservación de dicho ejército, pero organizándolo de tal modo y con tales cortapisas, que el ejército se disolvió por sí mismo, quedando á cargo del piemontés la terminación de la lucha con el borbónico.

En la madrugada del 9 de noviembre Garibaldi se embarcó en Nápoles á bordo del vapor *Washington* que el gobierno puso á su disposición para llevarle á su peñascosa isla de Caprera, no llevando consigo más que cincuenta liras y un saco de habichuelas que se proponía cultivar allí ínterin llegaba el día de marchar á libertar «á sus hermanos, aún esclavos del extranjero.» Farini, uno de los enemigos de Garibaldi, fué nombrado lugarteniente del rey en las provincias meridionales.

Mientras Víctor Manuel se instalaba en Nápoles, no le quedaba al desgra-

ciado rey Francisco II más que la plaza fuerte de Gaeta. Su conducta y la de la reina Sofía merecieron la admiración de sus mismos adversarios. Apoyado por tropas fieles, el monarca napolitano daba muestras de una energía que no se hubiera supuesto en él. Quizás fundaba alguna esperanza en los sentimientos de Francia que no había querido reconocer el bloqueo de aquel puerto, declarado por el gobierno piemontés, y dado orden al almirante francés Barbier de Tinán, que con su escuadra se hallaba en aquellas aguas, de que impidiese al almirante Persano proteger por mar con sus buques el ataque de los piemonteses por tierra. Entonces se creyó que se iba á realizar la intervención con la cual Napoleón había amenazado repetidas veces en las últimas semanas.

«Inmediatamente después de la entrada de los piemonteses en los Estados de la Iglesia, dice el Dr. Bulle en su *Historia del segundo Imperio francés*, había creído el emperador que el Austria juzgaría llegado el tiempo de imponer la paz de Zurich por medio de las armas, y en esta creencia notificó al gabinete de Viena por medio de Beust, ministro de Sajonia, que no se opondría á una intervención armada de Austria, con tal que no se variara nada en la Lombardía; mas el conde de Rechberg no quiso arriesgar nada, creyendo que la situación en Italia se hundiría por sí sola. Napoleón también se contentó entonces con tomar una actitud expectante, aunque disimulada durante algún tiempo con algunas expresiones y actos aparentemente enérgicos; telegrafió á Víctor Manuel que Farini le había dado una idea muy diferente de la política piemontesa; que de consiguiente se tenía que oponer á la entrada de las fuerzas piemontesas en los Estados de la Iglesia, y que reforzaría su guarnición en Roma. En efecto, retiró al embajador francés de Turín, reforzó el cuerpo de ocupación en Roma, á cuya cabeza volvió Goyón, y también hizo saber al gobierno pontificio que se opondría á la invasión piemontesa, si bien no añadió en su comunicación la palabra «á la fuerza,» que había añadido el ministro de la Guerra del Papa para enterar á Lamoricière de esta comunicación; de suerte que para no dar lugar á errores, el duque de Gramont tuvo que apresurarse á hacer notar esta diferencia. La guarnición francesa ocupó después diferentes puntos en el patrimonio de San Pedro, particularmente á Viterbo, con lo cual impidió el avance de los piemonteses por este lado; pero el emperador no quiso que se hicieran otras demostraciones á favor del Papa y pasó muy tranquilamente á Argelia, lo que aprovechó su ministro Thouvenel para ir al campo, diciendo que no podía en aquellos mismos días corresponder con el emperador. La curia romana reconoció perfectamente lo que esto significaba y amenazó con la salida del Papa de Roma; pero la única respuesta que recibió fué que en este caso se embarcaría también inmediatamente la guarnición francesa y volvería á París el embajador francés. Este último supo arreglarse de manera que la máquina de vapor de la corbeta pontificia que había de estar á punto para llevarse al Papa, se descompusiera y se hiciera inservible. El general Goyón en cambio dijo á todo el mundo que la marcha del Papa lo simplificaría todo, y que Su Santidad estaba ya to-

mando disposiciones para nombrar una comisión de gobierno. Este exceso de celo y las quejas del embajador indujeron al emperador á desaprobare francamente la conducta de Goyón, porque hacía servir su tropa hasta para objetos de pura policía, y entonces escribió Napoleón á Randon: «Desconoce su posición; nuestras tropas ocupan á Roma militar, pero no políticamente; á ellas corresponde asegurar la tranquilidad y sofocar en concepto militar todos los desórdenes, y no ser sayones de los agentes de policía.» En el mismo tono declaró con mucha frialdad el *Monitor* que la cuestión italiana sólo podía ser resuelta por un congreso, é ínterin esto no sucediera, continuaría la Francia cumpliendo sus deberes para con el Papa.

»La llegada de Barbier de Tinán con su escuadra delante de Gaeta pareció indicar que la conducta pasiva de Napoleón había llegado á su término, y nadie supuso lo que significaba en realidad, á saber: que el almirante tenía únicamente el encargo de conservar al rey de Nápoles el medio de salvarse por mar cuando le conviniese. Víctor Manuel preguntó por telégrafo el objeto de la estancia de la escuadra francesa, y entonces le contestó Napoleón que la misión de la escuadra se limitaba á impedir un ataque por mar contra Gaeta y tener alejada la escuadra de Persano de la fortaleza á tiro de cañón; y como la embocadura del Garellano distaba catorce kilómetros de la fortaleza, tuvo que retirarse de allí Barbier para dejar libre el paso del río, que el ejército piemontés efectuó el 3 de noviembre, tomando por asalto al día siguiente la pequeña ciudad de Mola de Gaeta, situada una hora al Norte de la fortaleza. Del ejército borbónico sólo diez mil hombres encontraron cabida en Gaeta; los demás emprendieron el camino de la frontera romana, que pasaron siendo internados en número de veinticinco mil en los montes Albanos cerca de Velletri.

»Francisco II quedó, pues, completamente cercado en Gaeta por la parte de tierra, y su resistencia debía resultar inútil si las grandes potencias no le auxiliaban. Durante algún tiempo se lisonjeó acaso con la esperanza de que este auxilio llegaría, pues el gobierno ruso había llamado á su embajador el 10 de octubre de Turín; la Prusia había vituperado en una nota en términos muy enérgicos la conducta del Piemonte, y el Austria pareció hacer preparativos de guerra y combinar una coalición contra Italia, tanto que Cavour, á fines de octubre, estaba aguardando cada día el comienzo de las hostilidades. Sin embargo, entre el 22 y el 26 de octubre cambió la situación con una entrevista que tuvieron en Varsovia el czar, el emperador de Austria y el príncipe regente de Prusia, que se pusieron de acuerdo sobre la conducta que debían observar en el conflicto italiano. Prevalió en esta conferencia la corriente pacífica, porque Napoleón había hecho declarar en San Petersburgo en términos precisos que no apoyaría á la Italia si atacaba al Véneto, siempre que la Alemania no se mezclara en el asunto. Al mismo tiempo recomendó su idea del congreso; pero el czar y el príncipe regente la consideraron prematura, sin desaprobársela, de suerte que el emperador de Austria se vió obligado á ahogar sus deseos de intervención.»



EL GENERAL MENABREA

La situación del rey de Nápoles se hizo, pues, desesperada; no obstante, quiso llevar la resistencia hasta el último extremo, á pesar de que su situación empeoraba de día en día. Las reclamaciones urgentes del Piamonte y de Inglaterra consiguieron que Napoleón diera orden á su escuadra de retirarse, y entonces quedó Gaeta completamente cercada por mar y por tierra. El general Menabrea activó los trabajos de asedio y además el 17 de diciembre comenzó el bombardeo. La situación de la plaza se hacía de día en día más insostenible, no había esperanza de recibir socorros de ninguna parte, y como á todas las penalidades se agregó la propagación del tifus entre los sitiados, el rey tuvo que resolverse á capitular el 13 de febrero de 1861.

Al evacuar los reyes la plaza, se embarcaron en un vapor francés que los llevó á Terracina, desde donde pasaron á Roma. Toda la guarnición de Gaeta fué hecha prisionera de guerra hasta que se rindieron los dos últimos puntos donde ondeaba todavía la bandera napolitana, la ciudadela de Mesina y el pequeño castillo de Civitella di Tronto, junto á la frontera romana. La primera se rindió el 12 de marzo y el segundo el 20, con lo cual quedó conquistado por los piamonteses el último resto de la monarquía borbónica.

VIII

LA EXPEDICIÓN DE SIRIA

En el momento en que Francia abandonaba la causa del Papa en la Umbría y en las Marcas, asumía enérgicamente la defensa de los cristianos de Oriente, y ya que no en los Estados Pontificios, la política de Napoleón III en Siria era la del título con que se honraba de «Hijo primogénito de la Iglesia.»

En este país acababan de ocurrir espantosas matanzas, las cuales habían empezado en las montañas del Líbano y su origen principal podía imputarse á las faltas de la diplomacia europea. En aquellas montañas vivían maronitas y drusos, aquéllos cristianos y reconociendo como protector á Francia, y éstos, que observaban una religión, mezcla del antiguo paganismo oriental unido á ciertas creencias musulmanas, partidarios de Inglaterra, cuyos misioneros recorrían las tribus haciendo algunas conversiones efímeras y ensalzando el poderío de la Gran Bretaña.

La diplomacia europea estuvo ya mal inspirada cuando en 1840 sustrajo la Siria al dominio del virrey de Egipto Mehemet-Alí y cuando en 1843, creyendo asegurar la paz entre maronitas y drusos, hizo que se asignara á cada una de las dos razas y de las dos religiones una administración diferente. No había tenido en cuenta que si unos y otros están separados desde el punto de vista etnográfico y religioso, no lo están siempre por los territorios que ocupan, y tanto que en muchas aldeas viven mezclados. Así pues, la distinción de las dos administraciones, en lugar de mantener la paz, sólo sirvió para multiplicar las causas de animosidad y de querellas. El mismo gobierno otomano que quería destruir el arreglo de 1845 para hacer de la montaña del Líbano un simple pachalik, fomentó el desorden. Dividiendo para reinar, y llevada de un cálculo maquiavélico, opuso los drusos á los maronitas: secundada en esta tarea por los agentes ingleses, celosos de la influencia francesa, organizaba sistemáticamente el desorden y la anarquía.

Desde la paz de París había manifestado la población cristiana de Siria fundadísimas quejas contra la conducta brutal de los mahometanos en varias provincias turcas; pero las potencias occidentales se habían mostrado siempre muy indiferentes ante estas quejas por no dar ocasión á Rusia para mezclarse en tales asuntos. Sólo en un caso mostró el gobierno inglés gran energía, porque de